

Preguntas para el festejo de la Red LaTE

Erik Huesca (sólo pasaba por estos lares)

Febrero 2026

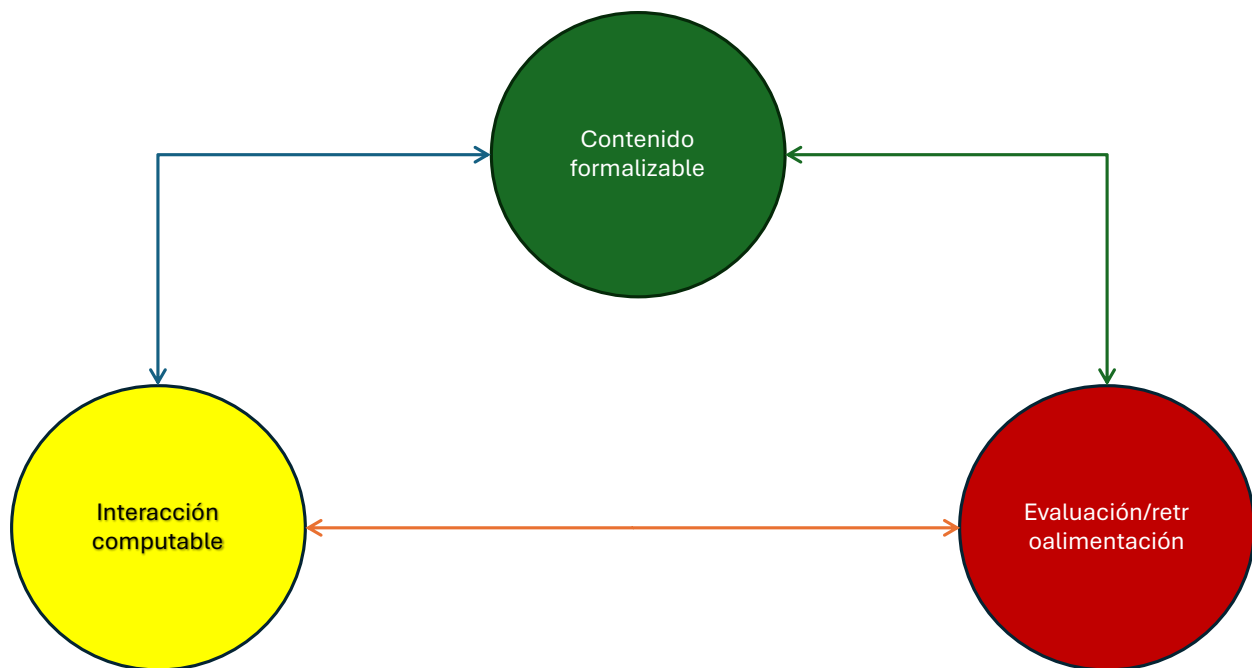
Estimadas y estimados colegas, cómplices de la duda, sobrevivientes del PowerPoint, habitantes de esa franja extraña donde la convicción por transformar y el cansancio por apenas lograrlo han aprendido a coexistir: la Red LaTE.

Conviene empezar sin eufemismos y sin la comodidad de la metáfora edulcorada. La pregunta es simple y por eso incomoda: ¿cuántas veces hemos celebrado la llegada de la “nueva” plataforma, el “innovador” modelo pedagógico o el “enfoque disruptivo” como si la novedad, por sí misma, fuera garantía de sentido? ¿Cuántas veces hemos confundido apertura con docilidad, aprendizaje con adopción y modernidad con obediencia tecnológica? En educación básica llevamos 14 reformas educativas en los últimos 30 años, cada una tratando de estar a la moda educativa que se dicta desde afuera y de educación media y superior pues el espíritu de Gabino Barreda y de insigne secretario porfiriano de “instrucción pública” Justo Sierra, se aparecen para evitar que nos olvidemos de la toga y el birrete, que sigamos en el rito, importado de las monarquías europeas, lugar donde sí se produce el conocimiento y por ello, muchos de los aquí lectores se lamentan la falta de recursos para vivir esa tan domesticable experiencia, denostando con ello, nuestra propia educación,

Porque hay un gesto que se repite desde hace décadas, con una regularidad casi industrial. Un gesto que consiste en desplazar el centro de la conversación educativa hacia una agenda que no nace aquí y que rara vez se pregunta por nuestras condiciones reales. No se trata de aprender de otros —eso es inevitable y deseable—, sino de algo más grave: aceptar como horizonte único un modelo que entiende la educación como proceso de producción y no como práctica social.

Ese modelo tiene una forma reconocible. No siempre se nombra, pero gobierna silenciosamente. Es el triángulo perverso de la tecnología educativa: contenido formalizable, interacción computable y evaluación automatizada. No es una desviación ni un error de implementación; es una arquitectura política diseñada para convertir el aprendizaje en una industria. Hablamos de productos, ofertas educativas, algo así como el mercado donde gritamos: “pásele, pásele, con nosotros si asegura chamba”. ¡Vaya! y si no puede darnos su vida y su tiempo, tréguese unas pildoritas de saber con unos deliciosos objetos de aprendizaje o mejor aún con un bufete de microcredenciales o de capsulas de “snack Learning” que son producidas por centros de abolengo, y que validan que no es una persona de desecho, sino un ciudadano bien formado o bueno medianamente formado porque no le dio el coeficiente para alcanzar los grados “máztimos”. En fin, lo que sí tiene que hacer es caerse con un dinerito para monetizar el esfuerzo, pues si él no hay orgullo de logro. Pura meritocracia,

Este pensamiento bien pensansado, difundido adoptado se puede ver en un triángulo de perversión de la educación como un proceso automatizable e industrial.



El primer vértice exige que todo lo que se enseña pueda ser formalizado, fragmentado, empaquetado. El conocimiento deja de ser experiencia situada y se vuelve inventario. Lo que no cabe en ese formato —la duda, la ambigüedad, la contradicción, la experiencia comunitaria, el saber que no se deja traducir a rúbrica— se elimina por improductivo. No porque no sea valioso, sino porque no es gestionable.

Así, desde el inicio, el estudiante aprende una lección silenciosa: saber no es comprender, es completar. Avanzar en el sistema importa más que transformar la mirada. El currículum deja de ser una conversación con el mundo y se convierte en una línea de ensamblaje.

El segundo vértice, la interacción computable, termina de cerrar el cerco. Para que el sistema funcione, la relación pedagógica debe traducirse a señales medibles: clics, tiempos de conexión, entregas, respuestas. La interacción deja de ser encuentro y se vuelve evento. Todo aquello que no deja huella digital —la pausa reflexiva, la discusión incómoda, el silencio que antecede a una comprensión real— desaparece del radar institucional.

Aquí ocurre una mutación silenciosa del rol docente. El maestro deja de ser un profesional del juicio y se convierte en operador del flujo. Administra secuencias que no diseñó, valida interacciones que no controla y acompaña trayectorias definidas por la plataforma. El docente se vuelve obrero calificado del sistema educativo-industrial: no gobierna el sentido, asegura la continuidad.

El tercer vértice, la evaluación y retroalimentación automatizada, completa la estructura. Evaluar deja de ser interpretar procesos complejos y se reduce a verificar conformidad. La retroalimentación se estandariza para escalar. El juicio humano, con su carga ética y contextual, es sustituido por indicadores que tranquilizan a la gestión.

El resultado no es accidental. Produce exactamente lo que necesita producir: estudiantes evaluables como producto y docentes funcionales como fuerza de trabajo pedagógica. El estudiante deja de ser sujeto en formación y se convierte en mercancía educativa: listo para el siguiente módulo, listo para la certificación, listo para el mercado. Ya no se le forma para transformar su comunidad, sino para integrarse sin fricción a una cadena de valor que no controla.

Y aquí aparece la imagen incómoda que solemos evitar: avanzamos como ganado al matadero. No porque alguien nos empuje con violencia, sino porque el camino está bien señalizado, iluminado, gamificado. Caminamos convencidos de que estamos progresando, cuando en realidad estamos colaborando activamente en la destrucción de la educación con sentido social.

Las instituciones educativas, lejos de ser refugio, operan cada vez más como plantas de ensamblaje. No producen pensamiento complejo; producen piezas compatibles. Autopartes educativas listas para integrarse en sistemas productivos diseñados en otra parte. Competencias parciales, habilidades transferibles, micro credenciales. El armado final ocurre fuera del país, fuera de la comunidad, fuera de cualquier control pedagógico local.

Esta lógica no se detiene en el tiempo laboral. Aquí entra un segundo componente del espejismo algorítmico: el tiempo libre. Porque el mismo dispositivo que forma para el trabajo captura también el ocio.

Y en este punto ocurre un giro semántico que funciona como lavado de conciencia: dejamos de hablar de “recurso humano” y empezamos a hablar de “talento”. Parece un avance moral, pero no lo es. Es una sustitución cosmética. El recurso humano se explota; el talento se gestiona. El verbo cambia, la lógica permanece.

El adjetivo “talentoso”, que alguna vez designó a quien destacaba por virtud, por oficio, por pensamiento o por creación, se diluye en una fantasía de igualdad administrada. Todos somos talento. Todo es talento. Y cuando todo es talento, nada lo es realmente. El talento deja de ser excepción que interpela y se convierte en categoría operativa que tranquiliza a la gestión. Somos timados por la tendencia a “suavizar” los adjetivos para no herir a las personas, esa tendencia creada en la cultura de los estados unidos para ocultar su intensión, su asalto, normalización y manipulación de las relaciones sociales, evitando toda contradicción que puede sonar muy dialéctico histórico y material propio del pensamiento “marxista” ligado al máximo depredador del orden, “onradez”, “ornato” y “decencia” de las gentes de “bien”.

Así hablamos sin rubor de “gestión del talento”, de “producto educativo”, de “optimización de trayectorias”. El lenguaje del mercado de ese capitalismo de avatar coloniza la pedagogía y la pedagogía se somete para no parecer obsoleta. El estudiante ya no es aprendiz; es activo. El docente ya no es maestro; es facilitador. La educación ya no es derecho ni proyecto social; es portafolio para la vida y el trabajo.

En este contexto, no sorprende que tengamos jóvenes tomando cursos de inteligencia artificial sin bases matemáticas sólidas, sin álgebra lineal, sin estadística, sin probabilidad. No importa que no entiendan; importa que funcionen. Que usen la herramienta. Que produzcan salidas. Que

se integren rápido. La IA no llega como desafío intelectual, sino como acelerador de la superficialidad.

La gamificación hace amable la obediencia. La robótica convierte el aprendizaje en espectáculo técnico. La inteligencia artificial culmina el proceso al ofrecer escritura sin experiencia y decisión sin juicio. Todo parece funcionar. Los indicadores suben. Los reportes lucen bien. Pero lo que se forma es un sujeto dócil, optimizado, incapaz de cuestionar el sistema que lo integra.

No podemos ser ingenuos frente a esto. Porque cuando se legitima sin crítica este modelo, se convierte en parte del dispositivo. El triángulo perverso no fracasa; cumple su función. Lo que fracasa es la educación como herramienta de transformación social en un devenir dialéctico que toma un tiempo denso y no gaseoso y agitado como nos piden vivir.

Aquí está el punto de inflexión. O aceptamos ser fábricas de autopartes educativas, orgullosas de nuestra eficiencia, o nos atrevemos a incomodar el sistema que nos necesita obedientes. O seguimos llamando talento a lo que en realidad es fuerza de trabajo gestionada, o recuperamos el sentido profundo de formar sujetos capaces de pensar, disentir y transformar de entrada su vida y su comunidad y con ello, como grano en la playa el rumbo del país.

Porque mientras sigamos avanzando dócilmente, convencidos de que la gestión nos iguala y la tecnología nos salva, no estaremos modernizando la educación: estaremos sacrificándola con método, con métricas impecables y con la conciencia tranquila.

Para dar un suspiro ante tantas preguntas subyacentes del anterior texto, pasaré a desmontar otra palabra que además de “talento” usamos como muletilla para pasar ante los ojos de los demás como una persona consciente de la armonía social y que se repite con ligereza y que, en su uso habitual, anestesia más de lo que aclara: *ecosistema*.

En el discurso corporativo tecnológico donde se usa para que no pensemos que se olvidan del ambiente en pos de ganancias y que entró untado como mantequilla en pan en nuestras conversaciones sobre los modelos educativos contemporáneos. “Ecosistema” se presenta como imagen de cooperación, sinergia y equilibrio natural. Pero el sistema en el que estamos inmersos no se parece a un bosque diverso ni a un arrecife vibrante. Se parece más a una cadena trófica. Un sistema de depredación regulada, donde cada actor ocupa un lugar funcional y donde la supervivencia de unos depende de la subordinación de otros.

En este sistema no hay armonía; hay roles. Hay quienes diseñan, quienes integran, quienes operan y quienes son consumidos. Hay nodos dominantes que extraen valor y nodos subordinados que lo producen. Hay presas entrenadas para no salirse del circuito y depredadores que jamás aparecen como tales porque se presentan como aliados estratégicos, facilitadores o “socios tecnológicos”, ni que decir de PIL de Microsoft o Google for education o Apple Teachers o la misma UNESCO, me deja sin palabras ver como les hacemos caso a personas que previo a un discurso sobre educación, dieron uno sobre la ventaja de un CRM en el sistema de tiendas o de las ventajas de optimizar empleos con tecnología. La educación, dentro de este sistema, no es un espacio protegido. Es una zona de alimentación de los depredadores.

Las grandes corporaciones ocupan la cúspide. Definen estándares, plataformas, lenguajes, certificaciones, narrativas de futuro, si no preguntemos que le pasó a la promotora comercial llamada UNESCO. No necesitan controlar directamente cada aula; les basta con controlar la infraestructura simbólica y técnica. Debajo están los Estados, las instituciones y las redes académicas, que funcionan como especies intermedias: regulan, distribuyen, legitiman. Más abajo, los docentes, convertidos en fuerza de trabajo pedagógica flexible, responsables de que el sistema no se interrumpa. Y en la base, los estudiantes, materia prima del proceso: datos, tiempo, atención, trayectorias.

Si siguen en la lectura de este texto, no se confundan que veo “Moros con Tranchetes” pues he estado atando la pata de la vaca que será sacrificada, mi omisión no puede seguir oculta, no es una conspiración. Es un sistema de conquista cultural, no es casual que las personas muy allegadas a los corporativos tecnológicos son los más conservadores respecto a una transformación social, y lo curioso es que se presentan como corderos cuando son lobos o lo peor, cuando los educadores escuchan con atención a un tipo putrimillonario hablando de transformación educativa y que nunca impartió una clase en un aula, pero eso sí, se viste con todas las galas de sacerdote de culto que vocifera la “buena nueva” (sea cual sea esta en su momento y que le permitirá llenar más sus bolsillos) para convencer feligreses a su tecnócrata visión del mundo.

En ese marco, el triángulo perverso —contenido formalizable, interacción computable, evaluación automatizada— funciona como el mecanismo metabólico del sistema. Es la forma en que el sistema digiere sujetos y los convierte en componentes útiles. Nada se desperdicia: el conocimiento se fragmenta, la interacción se registra, la evaluación se normaliza. Lo que no puede ser metabolizado (MONETIZADO) simplemente se expulsa.

Así, avanzamos como corderos, sí, pero no hacia un sacrificio ritual, sino hacia una línea de procesamiento. No hay drama; hay eficiencia. No hay violencia visible; hay normalización. Caminamos convencidos de que participamos en un “ecosistema de innovación”, cuando en realidad somos presas funcionales dentro de una dinámica de depredación perfectamente racional. Esta lógica no se limita al tiempo laboral.

Para sumarle al muro de las reflexiones, más no lamentaciones encontramos otra palabreja, proveniente del pasado: *Gamificación*.

La gamificación se supone organiza el aprendizaje; pero en realidad organiza la atención. La plataforma no sólo mide desempeño académico; mide permanencia, hábitos, preferencias. El estudiante es entrenado para producir durante el día y para consumir por la noche. El tiempo libre deja de ser espacio de autonomía y se convierte en extensión del sistema. Esta adicción programada juega aquí un papel central. No como pedagogía, sino como ya lo dije técnica de domesticación. No se trata de aprender jugando, sino de no abandonar el juego que es el leitmotiv de los videojuegos moderno, no terminarlos, sino permanecer en ellos. Mantener la presa en movimiento. Convertir el cansancio en reto, la repetición en logro, la obediencia en experiencia positiva. La gamificación no humaniza el sistema; lo vuelve tolerable.

Ese es otro eje que no podemos eludir. No se trata de estar a favor o en contra de la tecnología, en especial de la inteligencia artificial, de la gamificación o de la robótica. Se trata de reconocer que hemos construido un sistema educativo cuyo objetivo implícito es borrar toda disidencia antes de que llegue a formularse. Convertir la educación en adaptación perpetua para que nadie tenga tiempo, energía ni lenguaje para imaginar otra cosa.

Red LaTE no está fuera de este sistema. Forma parte de él. Y ahí radica su responsabilidad histórica. Puede actuar como especie intermediaria que legitima la cadena de depredación, o puede convertirse en un espacio donde se nombre el sistema con claridad y se intente, al menos, romper algunos eslabones.

Porque el problema no es que existan depredadores. El problema es fingir que no los hay. El problema es seguir hablando de ecosistemas armónicos cuando lo que tenemos es un sistema de extracción. El problema es seguir formando sujetos para sobrevivir dentro del circuito, en lugar de formar sujetos capaces de pensar el circuito y, eventualmente, transformarlo.

Mientras sigamos llamando innovación a la adaptación y talento a la gestión de la docilidad, no estaremos modernizando la educación. Estaremos aceptando nuestro lugar en la cadena. Y lo haremos con gráficos impecables, métricas tranquilizadoras y la conciencia limpia, convencidos de que no había otra opción. Repito, el sistema no necesita que entiendan; necesita que funcionen dentro de su nicho. Que produzcan salidas aceptables. Que no interrumpan el flujo. Que se integren rápido como presas dóciles o como depredadores menores, según el caso. Que tengan miedo, mucho miedo a perder lo conquistado, es decir su empleo.

En este paisaje no sorprende que tengamos desde infantes hasta empleados profesionales empachándose de estrategias de *prompt* en cursos, videos y bocadillos de aprendizaje sobre el mejor uso de nuestro aliado-enemigo: la inteligencia artificial todo ello sin bases matemáticas profundas, sin estadística, sin probabilidad, sin comprensión del modelo. No importa. Aquí lo relevante es simular ser experto y de los buenos para no perder. Parece que la inteligencia artificial sería ahora la culpable de mi mal desempeño, pero esta rama de las ciencias de la computación no inaugura esta lógica; la perfecciona. Antes fue la tecnología educativa “esquineriana” con objetivos operativos y medibles, las competencias, Constructivismo a la manera de Lego robotics, es decir, Vigotsky reinterpretado para minar al maestro de su contribución y valor social, los diseños por competencias y curriculares con objetos de aprendizaje... la fiebre de automatiza, automatiza, automatiza: la escritura, acelera la evaluación, sugiere decisiones. Reduce la fricción. El sistema ya no solo registra y mide: anticipa y orienta. Y cuando eso ocurre, el margen para el juicio, la lentitud y la crítica se reduce drásticamente o mejor se anula.

Conviene entonces reformular la pregunta que suele aparecer, de manera ingenua, cuando se discuten estos temas: ¿qué significa educar?

En su acepción más extendida —y más honesta— educar ha sido, históricamente, el mecanismo mediante el cual una sociedad transmite los conocimientos, valores, normas y prácticas que considera necesarios para su propia reproducción. No para su transformación, sino para su continuidad. En ese sentido, la educación no es un dispositivo neutral ni progresista por

naturaleza. Al contrario: es el arma más conservadora que ha inventado la humanidad. Educar ha significado, durante siglos, enseñar qué es aceptable, qué es deseable, qué es correcto pensar, decir y hacer en un momento histórico determinado. Sin embargo, la historia muestra una anomalía persistente. A pesar de esa larga exposición a la domesticación, algunos individuos — pocos, pero decisivos— terminan cuestionando el orden que los formó. Algo falla en el dispositivo. La educación, sin proponérselo, produce sujetos que leen más allá de lo esperado, que escriben con voz propia, que conectan saber con experiencia, que desarrollan pensamiento crítico y actúan para transformar su entorno. No porque el sistema lo busque, sino porque no logra evitarlo del todo.

Esos sujetos críticos no son el éxito del sistema educativo; son su error. Son la grieta. Son el excedente no calculable. Son aquello que el triángulo perverso intenta eliminar. Ahí es precisamente donde se produce el giro contemporáneo más inquietante. Porque hoy, justo ahora, hemos decidido corregir ese “fallo”. Hemos inventado una nueva narrativa educativa que se presenta como moderna, pragmática e inevitable: la educación para la vida y el trabajo. Una educación que ya no promete formación integral, ni ciudadanía crítica, ni transformación social. Promete empleabilidad, adaptación, resiliencia individual y actualización permanente.

El mensaje es claro, aunque se disfrace de buenas intenciones: reeduquémonos para abandonar sueños de transformación. Dejemos de pensar la educación como espacio de conflicto social y asumámosla como entrenamiento continuo para sobrevivir en un mercado cambiante. No para cambiar el sistema, sino para no quedar fuera de él.

En esta nueva pedagogía, la disidencia no se reprime; se vuelve irrelevante. No se prohíbe pensar críticamente; simplemente no hay tiempo para hacerlo. Todo debe ser útil, inmediato, transferible. Todo debe traducirse en competencia, en habilidad, en micro credencial. La pregunta por el sentido se considera improductiva. La reflexión profunda se percibe como lujo. La transformación social se reduce a emprendimiento individual. Como acota Byung Chul-Han, liberamos al sistema de la carga social, creando generaciones enteras de emprendedores frustrados y agrego, el mito Gates to Jobs, solo es el cuento del capitalismo de avatar para que persigamos con tesón al espejismo algorítmico que dentro de la imagen de su paisaje está en convertirse en multimillonario o *influencer* del mundo que con el esquema de valores ese es un pleonismo, tienes muchos millones y abres la boca, luego entonces lo que se dice es verdad.

Así, la búsqueda de un sistema educativo que sea un espacio donde eventualmente pueda emerger la crítica ha casi parado como el reloj descompuesto o la brújula oriental que apunta en otra dirección de la que creemos. Nuestros sistemas educativos galopan con enjundia a transformarse en un dispositivo de reprogramación permanente. Ya no basta con domesticarnos una vez; ahora debemos reeducarnos constantemente para seguir siendo funcionales. Aprender toda la vida, sí, pero no para ampliar horizontes, sino para ajustarnos sin resistencia a un entorno que se presenta como incuestionable.

Aquí el triángulo perverso encuentra su forma más acabada. El contenido formalizable se vuelve capacitación continua. La interacción computable se convierte en monitoreo constante. La evaluación automatizada se transforma en certificación infinita. El sujeto nunca termina de formarse; nunca está completo; nunca es suficiente. Siempre falta una habilidad más, un curso

más, una actualización más. La educación ya no tiene fin porque el sistema necesita sujetos permanentemente inacabados y que moneticen para el capitalismo de avatar.

Es en este punto, el sistema además de formar para el trabajo; forma también para el consumo y para ser consumido. El individuo aprende a venderse como talento, a gestionarse como portafolio, a optimizar su tiempo libre como extensión de su valor productivo. Se convierte en elemento intercambiable dentro de una cadena trófica donde unos pocos depredan y muchos sostienen el equilibrio precario.

La educación para la vida y el trabajo no es emancipadora; es preventiva. Previene la emergencia de sujetos que cuestionen el orden. Previene el pensamiento crítico prolongado. Previene la imaginación política. Previene la transformación social. No borra la disidencia por censura, sino por saturación, por cansancio, por obsolescencia programada del pensamiento.

En ese sentido, no estamos ante una traición accidental de la educación, sino ante su radicalización conservadora. La educación ya no solo reproduce el orden social: ahora blindo el sistema contra su propia crítica. Y lo hace con herramientas sofisticadas, con discursos amables, con métricas impecables y con la promesa de que, si seguimos aprendiendo lo que se nos pide, algún día estaremos a salvo.

Me surge otra pregunta para los lectores que han llegado hasta este punto del texto: ¿estamos dispuestos a aceptar una educación que renuncia explícitamente a la transformación social como horizonte?

Antes de explorar las posibilidades de respuesta a esta pregunta es indispensable hacer una pausa, recurrir a la memoria y reconocer un hecho que no es menor, porque de no nombrarlo con precisión se vuelve invisible: el empuje sostenido de Pedro Rocha, coordinando 68 sesiones, ha impedido que la Red LaTE se deslizara por la pendiente más cómoda y peligrosa. No es una cuestión administrativa ni un logro cuantitativo; es una decisión política sobre la forma del tiempo, él en conjunto con otros todavía no han renunciado a la búsqueda.

Sin ese esfuerzo deliberado, LaTE habría corrido el riesgo de convertirse en lo que tantas redes terminan siendo: una caricatura de sí mismas. Un espacio dominado por estándares, indicadores, marcos de competencia y esa ansiedad permanente por parecer eficiente, relevante y eficaz. Tres palabras que, cuando se trasladan sin mediación al ámbito educativo, suelen operar como instrumentos de empobrecimiento intelectual.

Porque la educación —y esto es algo que los discursos de modernización tienden a olvidar— no progresa por aceleración, sino por densidad temporal. El aprendizaje no ocurre en la urgencia del entregable ni en la lógica del sprint. Ocurre en la demora, en la reiteración, en la conversación que vuelve sobre sí misma, en la idea que necesita madurar antes de formularse. Ocurre en un tiempo que no es lineal ni productivo, sino espeso, lleno de pliegues, retornos y desvíos. Reflexionemos que es por eso que estamos “fritos” con tanta innovación educativa que se incluye por estar a la moda del mundo, o lo más perverso, para hacer negocio personal.

Ese tiempo denso es incompatible con la lógica de la gestión. No puede calendarizarse como KPI ni comprimirse en dashboards. Exige tolerancia a la incomodidad, a la contradicción, al desacuerdo. Exige aceptar que pensar juntos toma más tiempo que implementar una solución empaquetada. Exige aceptar que, en educación, la prisa suele ser enemiga del sentido. Continuidad educativa, otro mantra de la modernidad que asota al pensamiento, como si se tratara de una transmisión de un programa de radio o de televisión, o de lo más grave, de “servicios” educativos, como vemos en muchas organizaciones que llevan como bandera al viento ese nombre.

Las 68 sesiones coordinadas no fueron, en ese sentido, una acumulación de eventos. Fueron una resistencia a la aceleración. Una forma de devolverle a la Red LaTE algo que hoy escasea: el carácter de ágora. No el ágora idealizada como espacio armónico, sino el ágora real: lugar de fricción, de disputa conceptual, de ideas que no encajan de inmediato, de ideas que se afinan a en el devenir dialéctico de la vida.

De no haber ocurrido ese trabajo sostenido, LaTE habría sido absorbida con facilidad por el mismo sistema que critica. Habría terminado hablando el lenguaje de la eficiencia, celebrando la eficacia, persiguiendo la relevancia medida en impacto inmediato. Habría corrido hacia la estandarización como quien corre hacia la salvación, olvidando que en educación los estándares suelen ser atajos para no pensar.

El problema no es la organización ni la sistematicidad; el problema es cuando se confunden con profundidad. Cuando la estructura reemplaza al contenido. Cuando el marco sustituye a la discusión. Cuando la urgencia por “llegar” elimina la posibilidad de permanecer en la pregunta.

Se aparece la imagen que mejor describe nuestro tiempo: vivimos en un mundo que se asemeja cada vez más a un barroco digital. Un barroco no por exceso de ornamento, sino por superposición de capas, por proliferación de interfaces, por saturación de estímulos. Un barroco extraño, eso sí, acotado por menús predefinidos. Parece complejo, pero sus opciones están cerradas. Parece infinito, pero sus recorridos están diseñados de antemano.

Navegamos sistemas que nos ofrecen miles de posibilidades, siempre y cuando elijamos entre las que ya fueron previstas. La interfaz nos da la ilusión de libertad mientras reduce el margen de lo pensable. Todo es configurable, pero nada es realmente transformable. Ese es el barroco digital: exceso sin apertura, complejidad sin riesgo, diversidad sin disidencia.

En ese contexto, insistir en el tiempo denso del aprendizaje no es romanticismo; es acto de resistencia. Es afirmar que no todo debe ser eficiente. Que no todo debe ser relevante según métricas externas. Que no todo debe ser eficaz en términos de resultados inmediatos. Hay aprendizajes cuya eficacia solo se manifiesta años después, cuando alguien decide no repetir lo aprendido y se atreve a pensar de otra manera.

La Red LaTE, sostenida en ese ritmo no acelerado, pudo evitar convertirse en un escaparate más del ecosistema depredador. Pudo conservar, aunque sea parcialmente, la condición de espacio donde la educación no se reduce a producto ni el conocimiento a insumo. Pudo mantenerse en

ese punto incómodo donde todavía es posible disentir sin pedir permiso, demorarse sin disculparse y pensar sin traducir inmediatamente la idea a proyecto financiable.

Porque si algo queda claro en este barroco digital de menús predefinidos, es que el pensamiento que transforma no nace de la velocidad, sino de la densidad. Y esa densidad solo se cultiva cuando alguien decide, contra toda presión, quedarse un poco más en la pregunta.

Hay una ironía histórica que nos gusta repetir con suficiencia moral. Nos burlamos —desde la comodidad del presente— de los pueblos originarios que intercambiaban objetos que para el pensamiento europeo tenían “gran valor” por baratijas, espejos, cuentas de vidrio. La escena se narra siempre del mismo modo: ingenuidad contra astucia, atraso contra civilización, ignorancia frente a racionalidad económica. Nunca nos detenemos a pensar que el problema no era la estupidez de unos, sino la incommensurabilidad de los valores.

Porque el valor no es una constante universal; es una construcción histórica. Lo que una cultura considera precioso, otra lo considera irrelevante. Lo que hoy parece absurdo, mañana se vuelve central. El error no fue cambiar oro por vidrio; el error fue creer que el oro tenía un valor intrínseco y universal. Y, sin embargo, repetimos la escena una y otra vez, convencidos de haber aprendido la lección.

Hoy estamos haciendo un trueque similar, solo que más sofisticado y mucho más silencioso. Estamos entregando pensamiento crítico, arraigo comunitario, memoria histórica, autonomía intelectual y sentido social a cambio de baratijas contemporáneas: visibilidad, certificaciones, *badges*, *likes*, pertenencia a plataformas, acceso condicionado a redes, la ilusión de estar “dentro”. Y lo hacemos sin sentirnos estafados, porque el sistema ha logrado redefinir qué cuenta como valor.

En este mundo, lo que va al alza no es la justicia ni la solidaridad; es la impunidad. No la impunidad jurídica únicamente, sino la impunidad ética. La capacidad de dañar sin consecuencias, de mentir sin costo, de traicionar a la comunidad sin quedar fuera del circuito. Junto a ella crece la maledicencia: la erosión deliberada del lazo social, la sospecha constante, la desconfianza administrada. No se destruye la comunidad por prohibición; se la desgasta por saturación, por ruido, por competencia permanente.

La *techné* —esa palabra que alguna vez nombró el saber hacer situado, artesanal, encarnado— ha asumido aquí un papel decisivo. Ya no como herramienta, sino como infraestructura de normalización del pensamiento. No importa a qué cultura pertenezcas, qué lengua hables o qué historia cargues: la plataforma te espera con los mismos menús, los mismos flujos, las mismas opciones. La diversidad se tolera solo como estética; el pensamiento debe ajustarse.

La *techné* contemporánea no busca ser habilitadora para reducir arduas tareas físicas; busca homogeneizar. No discute valores; los reemplaza por protocolos. No entra en conflicto con las culturas; las traduce hasta volverlas irreconocibles, algo así como las caricaturas que vemos de culturas en las series de televisión donde la única con bienestar y buen sentido de ser es la blanca. El resultado es un pensamiento globalmente compatible y localmente irrelevante. Por eso nos hacen cantar, bailar y soñar uno de los coros más insistentes del presente: *hay que*

prepararnos para vivir en un mundo global. Hay que ser ciudadanos del mundo. La frase se repite como plegaria a los dioses corporativos su indulgencia es como promesa de apertura y cosmopolitismo. Pero rara vez se dice qué tipo de ciudadanía es esa y bajo qué condiciones se ejerce.

La ciudadanía del mundo que se predica hoy no es política; es operativa. No se basa en derechos, sino en acceso. No se funda en participación, sino en conformidad. El ciudadano del mundo es aquel que sabe moverse sin fricción por las plataformas, que habla el lenguaje neutro del mercado, que no incomoda, que no introduce ruido. Un ciudadano sin territorio, sin comunidad conflictiva, sin memoria peligrosa.

Este es el evangelio que predicán los sacerdotes del capitalismo de avatar. No necesitan sotana ni púlpito; les basta con presentaciones bien diseñadas, discursos sobre futuro y un tono de inevitabilidad. Nos dicen que la identidad es flexible, que la pertenencia es global, que la adaptación es virtud. Nos dicen que cuestionar demasiado es quedarse atrás. Nos dicen que el mundo es así y que la educación debe prepararnos para aceptarlo.

Lo más eficaz de este evangelio es que no necesita censurar a quien disiente. Basta con **vigilar**. El sistema observa silenciosamente. Registra comportamientos, palabras, interacciones, afinidades. No castiga de inmediato; espera. La discrepancia no se sanciona cuando aparece; se acumula. Y cuando el momento llega, la exclusión es limpia, técnica, aparentemente objetiva.

No hay juicio público ni expulsión dramática. Simplemente dejas de ser invitado. Dejas de aparecer en las convocatorias. Tus propuestas ya no pasan los filtros. Tus palabras se vuelven “problemáticas”, “poco alineadas”, “no estratégicas”. No estás prohibido; estás desindexado. Convertido en un paria digital.

El mensaje es claro y no necesita formularse: *puedes pensar lo que quieras, siempre y cuando no lo hagas visible*; puedes disentir, siempre y cuando no afecte el flujo; puedes criticar, siempre y cuando no construyas comunidad alrededor de la crítica. La disidencia tolerada es la que no se articula. Así, el sistema logra lo que ninguna censura clásica consiguió: borrar la disidencia sin nombrarla. No la persigue; la vuelve inviable. No la combate; la aísla. No la calla; la deja hablar en espacios donde nadie escucha: el desierto digital y sin seguidores...

Volvemos así al trueque inicial. Cambiamos pensamiento por acceso. Crítica por visibilidad. Comunidad por plataforma. Y lo hacemos convencidos de que estamos ganando, porque el sistema nos ha enseñado a valorar exactamente aquello que nos ofrece.

Quizá dentro de cien años alguien se burle de nosotros como hoy nos burlamos de aquellos nativos. Dirán que entregamos lo más valioso —la capacidad de pensar juntos, de disentir, de imaginar futuros distintos— a cambio de baratijas digitales, de certificados efímeros, de pertenencias condicionadas. Dirán que no entendimos que los valores habían cambiado. O peor: que lo entendimos y aun así aceptamos el trato.

Porque en este mundo globalizado no se nos pide creer; se nos pide adaptarnos. No se nos pide convicción; se nos pide compatibilidad. No se nos pide comunidad; se nos pide perfil. Y quien

no encaja, quien insiste en pensar desde otro lugar, quien no acepta el menú predefinido del barroco digital, queda fuera. No como enemigo, sino como residuo.

La pregunta que queda flotando, entonces, no es si queremos ser ciudadanos del mundo, sino qué mundo estamos aceptando como único posible. Y, sobre todo, si estamos dispuestos a pagar el precio de pertenecer a él.

En este punto se vuelve imposible seguir hablando de educación como si fuera un territorio inocente. La educación contemporánea no vigila como vigilaban las instituciones disciplinarias clásicas. No necesita castigos visibles ni prohibiciones explícitas. Ha aprendido una forma más eficaz de control: la vigilancia blanda, distribuida, normalizada, presentada como acompañamiento.

Ante este acumulado de presiones del capitalismo de avatar, la Red LaTE sigue viva pero no significa que se encuentre como náufrago en tabla y esté a salvo, las tormentas están en cada paso de su existencia y más los umbrales del espejismo algorítmico. Ninguna red está a salvo. El sistema empuja constantemente hacia la simplificación, hacia la estandarización, hacia la conversión del pensamiento en procedimiento. Pero sí significa que hubo una interrupción consciente de esa deriva. Una negativa a ceder por completo al ritmo del mercado y de la gestión, porque en un mundo educativo atrapado entre la prisa por actualizarse y el miedo a quedar obsoleto, sostener el tiempo del pensamiento es casi subversivo. Insistir en el ágora es ir a contracorriente. Defender la conversación larga en un entorno de respuestas rápidas es, hoy, una forma de desobediencia intelectual.

Quizá por eso LaTE no terminó siendo una caricatura. Quizá por eso todavía puede incomodar. Quizá por eso aún es posible formular aquí preguntas que no buscan resolver de inmediato, sino abrir fisuras en un sistema que ya aprendió a neutralizar la crítica mediante la eficiencia.

¿queremos que la educación siga siendo el mecanismo más conservador de la sociedad, ahora perfeccionado por la tecnología, o estamos dispuestos a asumir el costo de proteger los espacios donde la crítica todavía puede respirar?